

CAPÍTULO 5

**La función de la heteronimia en Pessoa
Álvaro Campos: guardián del nudo**

Vanina Muraro

CAPÍTULO 5

La función de la heteronimia en Pessoa Álvaro Campos: guardián del nudo

Vanina Muraro

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-3008-233x>

El escritor Fernando Pessoa ha llamado la atención de los psicoanalistas, más por su heteronimia que por su obra literaria. Colette Soler en el estudio que le dedica, titulado “Pessoa la esfinge”, denomina a este fenómeno como “ego reventado”. Sin embargo, es difícil separar ambas cosas, ya que cada uno de sus heterónimos tuvo primero una existencia de letra y, sólo después, una vida de anécdotas y relaciones.

Como sucede con frecuencia con algunos genios, el portugués fue escasamente reconocido durante su corta existencia pero, desde hace algunas décadas, “el baúl Pessoa” reúne a sus estudiosos en una suerte de Iglesia, congresos y encuentros internacionales donde sus fieles realizan una exégesis de sus versos y de los pasajes de la vida que, aunque discreta, fue una vida pública. Es fácil advertir las similitudes con el caso de James Joyce, quien advertía sarcástico a los lectores del *Ulysses*: “He planteado tantos enigmas y quebraderos de cabeza que tendré ocupados por siglos a los profesores, que discurrirán sobre todo lo que he querido decir”.

El legado del poeta está compuesto por textos muy heterogéneos de géneros disímiles –se halló entre sus manuscritos hasta una guía de su ciudad dirigida a los visitantes de habla inglesa–. Este cúmulo de páginas tiene el carácter de un testimonio, un alegato del arreglo al que recurre el escritor en ausencia de un yo que cohesione.

En las próximas páginas exploraremos la respuesta que inventa Pessoa, para el lapsus del anudamiento entre los registros imaginario, real y simbólico, merced a la creación de sus múltiples heterónimos. Nos detendremos especialmente en las dificultades del poeta con el Otro sexo, para lo cual tomaremos como fuente de lectura las cartas que

dirige a Ophélie, su única novia, en los dos períodos en que transcurrió este romance.

Elegir no

La renuncia es la liberación. No querer es poder (Soares)

La primera respuesta de Pessoa ante toda propuesta del exterior parece haber sido: “*I prefer not to*” – “Preferiría no” –; fórmula que repite el personaje de ficción nacido de la pluma de Herman Melville, Bartleby, quien oficiaba también de escribiente. A pesar de que se le conocen algunas escasas iniciativas, Pessoa se jacta de su rechazo a aquello que requiera alguna tarea de su parte: prefiere el sueño a la acción, la literatura a la vida, la imaginación a los viajes y sus personajes inventados a la gente que pulula por las calles de su adorada Lisboa. Advierte con especial lucidez la distancia que separa al hombre de acción del soñador. En su multifacética obra, el hombre de acción coincide con aquel que imprime alguna marca en el mundo y, en consecuencia, también en sus habitantes. El soñador, en cambio, es el mundo y, por ende, también es dueño de todas las ficciones, habita innumerables vidas y destinos pero permanece separado de los otros.

La separación entre ambos mundos hace del soñador un hombre solitario, condenado al aislamiento de los lúcidos: “Ver claro es ser extranjero”, afirma el narrador del Apartado 83 de *El libro del desasosiego* (Soares, 1913-1935, p. 115).

Ese sino es soportado como una distinción y como un castigo, valor que varía a lo largo de las líneas de todos los escritores que habitan el cuerpo de Pessoa. En algunos pasajes, el mundo del sueño y de su morador se recorta tempestuoso frente a una existencia anodina. Los hombres comunes son descritos como pequeños y grises, sombras que se agitan a su alrededor como peces tras un vidrio. En sus líneas, vemos coexistir la exaltación del sueño con el desprecio por la existencia mundana, una suerte de increencia en el amor humano y, por sobre todo, en el sentido mina la posibilidad de habitar el lazo social. Al igual que el personaje shakesperiano, el Príncipe Hamlet, que ha entrevisto la traición de la

madre hacia su padre amante y ya no puede reinsertarse en el orden social del Reino, Pessoa da testimonio incansable de lo insensato del mundo.

Otras veces, en cambio, es el poeta quien como un exiliado se describe como “un bicho en un canasto” o “algo postizo” cuya existencia, siempre dificultosa, no logra anclar en la tierra de los hombres.

En esa variación, sin embargo hay algo que permanecerá constante: la muralla que separa a ambos mundos, el de la acción y el de los sueños, constituye una barrera infranqueable. Es debido a esta inaccesibilidad que la escritura de Pessoa no tiene la función del mensaje que, prisionero en una botella arrojada al mar, intenta arribar a esa playa poblada de extraños. Por el contrario, su escritura constituye la prueba de una necesidad imperiosa, de expresarse que prescinde inclusive del potencial lector. De allí las escasas publicaciones que el autor realizará en vida, a pesar de lo profuso de su obra, que nos dan la clave de que la escritura tiene, para él, un valor de auto-tratamiento; modalidad propia de su estructura donde importa sin dudarlo más “la Obra” que el reconocimiento que ésta acarree.

El linaje y la profusión de identidades

No hallamos en Pessoa evidencias de la identificación al rasgo, organizada por la presencia del Nombre del Padre y tributaria del Edipo. Esos pequeños recortes, descritos por Freud, sobre una superficie más amplia que iluminan con especial cuidado los contornos de alguna característica desdeñando todas las demás. En lugar de este tipo de identificación característico de las neurosis hallamos una exuberancia de identidades.

Sin embargo, encontramos tempranamente un detalle que podría extraviarnos, que preferimos distinguir bajo el término de “linaje”. Pessoa se reconoce como un heredero, línea de continuidad que lo une a algunos gloriosos antepasados.

Entre los poetas, se filia con el bardo Shakespeare y con Camões, el poeta más reconocido de su lengua. Entre las figuras políticas con el Dom Sébastian, y con el asesinado presidente Sidónio País. El Rey Sébastian, es la pieza central del mito del Quinto Imperio. Misteriosa narración nacional, suerte de mesianismo portugués que aguarda el retorno del ilustre guerrero que desapareciera en un combate sin que nunca se hallase su cuerpo. Su regreso es anunciado en las profecías que señalan el advenimiento del Quinto Imperio y la gloria futura de este pueblo.

En una carta el poeta confiesa que se dejó cautivar por esta leyenda y evocando la añorada reaparición del Rey, anunciada para los años 1878 y 1888, agrega que en 1888 se produjo en Portugal el acontecimiento más importante en la vida nacional; sin embargo, por su misma naturaleza, dicho acontecimiento pasó y debía pasar, totalmente desapercibido. Agrega: “No creo que antes de diez años a partir de ahora, el pueblo portugués llegue a comprender de qué se trata y la importancia de éste asunto”. Comprendemos la apreciación del poeta si tomamos en cuenta que él mismo nació justamente durante ese año.

El Edipo también pone en juego un linaje que estructura el mito individual de todo neurótico, pero a diferencia del mesianismo se monta sobre la sexualidad infantil y las vicisitudes que la misma transforma en cicatrices a partir del complejo de castración. El

caso Pessoa prescinde de la sexuación de la novela y, como dijéramos, ese erotismo sólo aparece reservado a la lengua.

En contraposición, a nivel de la identidad todo prolifera: Pessoa es todos sin ser ninguno y eso, sin duda, se le impone. Gracias al carácter testimonial de su escritura, contamos con el relato del fenómeno de advenimiento de sus tres heterónimos más conocidos: Reis, Campos y Caeiro. En una carta fechada 21 años después de este suceso, unos escasos meses antes de morir testimonia de ese “día triunfal” en que, munido de papel y pluma, escribió de pie más de treinta poemas seguidos en un estado de éxtasis supremo. Inicia esa serie de obras *El guardador de rebaños*, poema que dirá “no le pertenece” y, súbitamente, aparece en él su autor, alguien a quien de inmediato dará el nombre de Alberto Caeiro, su maestro.

Esa profusión de identidades parece engendrarse en una nada radical, vacío donde se aglutinan y conviven varios hombres en un mismo y martirizado cuerpo. Pessoa no es la misma persona en sus versos que en su prosa, en sus manifiestos políticos y en sus guías turísticas, sin embargo “hay en él una unidad que no puede adjudicarse a un yo”. Una cohesión sostenida, afirma Soler, en la pasión de decir (Soler, 2003, p. 162).

A la pasión de decir podemos agradecerle el testimonio de la relación entre la posición sexuada y el uso de la lengua. Para ilustrarlo, citamos un fragmento del *Libro*, más elocuente que cualquier otra línea:

Supongamos que tengo ante mí una muchacha de modales masculinos. Un ente humano vulgar dirá de ella: “Esa muchacha parece un varón”. Otro ente humano vulgar, ya más cercano a la conciencia de que hablar equivale a decir, dirá de ella: “Esa muchacha es un varón”. Otro aun, igualmente consciente de los deberes de la expresión, pero más animado por el afecto a la concisión, que es la lujuria del pensamiento, dirá de ella: “Ese varón”. Yo diré: “Esa varón”, violando la más elemental de las reglas de la gramática, que exige que haya concordancia de género y número, entre la voz sustantiva y la adjetiva. Y habré dicho bien; habré hablado en absoluto, fotográficamente, más allá de

lo vulgar, de la norma y de la cotidianidad. No habré hablado: habré dicho (Soares, 1913-1935, p. 116).

No se le conoció prácticamente ningún enredo amoroso. Virgen, como afirma Freud de Leonardo, tuvo únicamente una novia: Ophélie. Un amor de dos dimensiones, con algunas cartas infantiles, en las que cuesta reconocer las voces del poeta. Noviazgo blanco, sin encuentro con el Otro cuerpo, que el poeta disuelve porque “se encuentra destinado a otra cosa”. Veremos que allí donde la lengua no se ha vaciado de goce no parece haber sitio para un lazo que ponga en juego el cuerpo de los amantes.

Su patria: la lengua portuguesa

Los lazos entre Pessoa y el portugués son sinuosos y tienen una historia de interrupciones y reencuentros. A los cinco años del escritor, muere su padre y apenas doce meses después, la joven viuda vuelve a casarse. Su padrastro es un diplomático de carrera y poco tiempo luego de la boda es nombrado cónsul portugués en Durban, provincia de Natal, Sudáfrica. Un año más tarde la familia se traslada con él, abandonando Lisboa.

El niño, de apenas siete años, concurre a las mejores escuelas. A pesar de que llega a Durban sin hablar inglés, domina el idioma con una rapidez tan desconcertante que adelanta a los estudiantes nativos en dos cursos. En esa estancia y durante los primeros de su retorno a Portugal escribirá en inglés. Será recién en 1908 cuando elija definitivamente la lengua portuguesa. Es conocida su declaración: “Mi patria es la lengua portuguesa”, que pronuncia abandonando el inglés para sus futuras composiciones.

El portugués, después de María Magdalena, su madre, será su más verdadero amor, fuente de desvelos y erotismo. Pessoa declara el dolor que un sustantivo mal escrito puede acarrearle y en su mesianismo se identifica con Sigismundo el Rey de Roma, llamado por sus súbditos Summa Gramaticae, porque en ocasión de ser corregido a causa de un error en su parlamento declaró estar por encima de la gramática.

El poeta nos brinda múltiples ejemplos de esa práctica libertaria con *lalengua* que encontramos habitualmente en la infancia, ilustrando que la misma se conserva en el creador, quien se permite pervertir el lenguaje estatuido. En algunos casos esas alteraciones del carácter establecido del lenguaje se acompañan de alguna argumentación; otras veces, las veleidades de su uso parecen prescindir de razones, como en el neologismo donde nada desliza y cualquier argumentación sobra. Por ejemplo, en el fragmento 83 de su *Libro* dice:

Mis ojos miran sin concentración, y construyo en mí esa imagen acuática que, como ninguna y porque pensé que iba a llover, se ajusta a este incierto movimiento.

Al escribir esta última frase que, para mí, dice exactamente lo que define, pensé que sería útil poner al final de mi libro, cuando lo publique, debajo de las "Erratas", una "No-Errata" que diga la frase "a este incierto movimientos", en la página tal, debe ser como es, con las voces adjetivas en singular y el sustantivo en plural (Soares, 1913-1935, p. 114).

"Que obedezca a la gramática quien no sepa pensar lo que siente", afirma orgulloso quien percibe a las palabras como cuerpos tangibles, sirenas visibles dotadas de su propia sensualidad. Tal vez porque la sensualidad real carece para él de cualquier interés, ni siquiera mental o de ensoñación, se le ha trasmutado el deseo en una usina creadora de ritmos verbales. Ese erotismo reservado a la lengua revela un desierto en lo que al Otro sexo se refiere.

Amor de tres

Pessoa no puede quitarse la 'máscara' de Campos sin arrancarse la piel." Bréchon

En el terreno del amor, como en tantos otros, comprobamos que Pessoa es al menos dos. Uno pueril e irreconocible, tierno y caprichoso. El otro, en cambio, indiferente al afecto, lúcido y agudo como un bisturí. Descrie de la unicidad con la que el amor tienta a los mortales y especialmente del yugo matrimonial.

El escritor amó sin duda a sus dos madres: María Madalena y la lengua portuguesa, pero sus biógrafos reconocen un solo romance. Éste tuvo estructura triángulo, figura que admite la posibilidad de pivotar entre el amante, el amado y el tercero amenazante o excluido y permite por eso una circulación continua. Este flirteo tuvo algunas características curiosas: fue más epistolar que carnal donde las cartas constituyen su verdadero cuerpo. Sólo contamos con las de él aunque sabemos que han existido las de ella, quien, figura discreta, nunca las dio a conocer a los editores. Un hombre y una mujer, compañeros de oficina. Él se desempeña como traductor en una empresa de exportaciones e importaciones; ella es un poco más joven. Él está destinado a ser el escritor más famoso de la lengua portuguesa, pero para eso aún falta tiempo. Son dos pero en realidad son tres. El tercero es otro hombre, homosexual, también un poeta, de profesión ingeniero. Desde su aparición no abandonará nunca al primer hombre, pegándose a éste como una segunda piel. Cada vez estará más presente llegando a ser un factor decisivo en la ruptura del noviazgo. Pero además, el tercero es el mismo hombre que el primero: así fue la aventura entre Fernando Pessoa, su heterónimo Álvaro Campos y Ophélia Quiroz. Esta historia se desarrolla en dos tiempos y numerosas cartas: un primer noviazgo en 1920 y el segundo una década más tarde, más breve que el primero. En las misivas, Fernando describe cuestiones menudas, habla de sus noches de vigilia, de sus dolencias, de la *saudade* de no verla durante apenas unas horas. Son cartas pequeñas de un

grande. Esquelas casi diarias que entrega personalmente o a través de un empleado de la oficina en las que se suceden cariñosas declaraciones, quejas acerca de la indiferencia de su amada a quien llama “bebé malo”, “avispa” y las confesiones de algunos deseos pecaminosos: “pegar al bebé”, regalarle una silla diminuta donde sentarla, mordisquear a la muñeca, etc. En un tono desesperado, hallamos algunas confidencias esporádicas del abatimiento que habita el poeta, su proyecto de internarse, sus propios diagnósticos acerca del mal que lo aqueja...

El nombre de ella juega un papel fundamental en la elección: Ophélie se llama como la amada-abandonada del personaje más famoso de Shakespeare, el Príncipe Hamlet. La primera etapa se asemeja al romance tormentoso de los personajes de ficción: cartas de por medio y una declaración intempestiva tomada del segundo acto de *Hamlet*. Al amor le sucede un abandono, rayano con el desprecio –tal como lo hiciera el príncipe de Dinamarca con la joven Ofelia– aduciendo misteriosas “causas mayores”. No debemos olvidar que Shakespeare fue uno de los autores que Pessoa leyó en su estancia en Durban, durante su adolescencia. Uno de sus propósitos titánicos fue modernizar los sonetos de Shakespeare, pieza central en el canon de Occidente, –tal como lo señala Halord Bloom– constituye sin duda el súper Camoes de la lengua inglesa. Su creación más representada, La tragedia del *Príncipe Hamlet*, cuyo principal personaje es el dubitativo Hamlet que se enreda en también en amoríos con una muchacha llamada Ophélie.

La relación entre ambos se inicia con un homenaje al bardo. Relata Bréchon en su biografía que el poeta le dedica a su pretendida las palabras que el príncipe pronunciara para su tocaya:

Le recita la declaración de Hamlet a Ofelia, en el segundo acto de la tragedia: “Oh querida Ofelia, soy torpe en el arte de rimar, no sé escandir mis suspiros; pero te amo por encima de todo ¡oh tú que vales más que nada, no lo dudes!”. Y, viéndola desconcertada, la toma entre sus brazos, la estrecha y la besa apasionadamente, “como un loco” (Bréchon, 1996, p. 380).

Sabemos por el diálogo que tiene lugar entre la Ofelia de Shakespeare y su padre, en la Escena II del Segundo Acto, que ésta, obedeciendo a Polonio, ha devuelto las cartas del Príncipe. La dupla Pessoa-Campos, al igual que hiciera el Príncipe Hamlet, primero profesa un amor devoto hacia Ofelia y luego, sin más, la desprecia veleidoso.

En esta danza se observa la función de orientación que cumplen algunos nombres en el acercamiento a la mujer (Ofelia, Hamlet, Shakespeare, Ibis, Nininho –dos nombres del balbuceo amoroso–) y el efecto de distanciamiento que tienen el de Álvaro Campos. ¿Y Fernando? Baila una coreografía agotadora que extenua el cuerpo entre las exigencias de casamiento de la dama y propósitos más ambiciosos que ni siquiera él puede distinguir.

Nos detendremos, a continuación en el análisis de las cartas que Pessoa dirigió a su amada a lo largo de los dos períodos de noviazgo de los que se compuso esta aventura. Intentaremos rastrear en estos mensajes la presencia disruptiva de Álvaro Campos y la función que cumple la misma.

Campos, el tercero de la discordia

Primer noviazgo

La primera intrusión de Álvaro Campos en el intercambio epistolar de los amantes se produce el 5 de abril de 1920. La carta comienza en un tono juguetón en el que el remitente realiza a Ophélie una serie de acusaciones:

Mi Bebé pequeño y travieso:

Estoy aquí en casa, solo, a salvo por el intelectual que está empapelando las paredes (claro, no iba a ser el techo o el suelo), y éste no cuenta. Tal como prometí voy a escribirle a mi pequeño Bebé para decirle, al menos, que ella es muy mala, excepto en una cosa: el arte de fingir, en el que advierto que es una maestra. (Pessoa, *Cartas a Ophélie*, 1920-1930, p. 47).

El poeta prosigue describiendo el encuentro del día anterior: ha sido un paseo agradable, ambos estaban de buen humor y el día acompañaba el ánimo de los amantes. Sorpresivamente, sin siquiera un punto aparte, intercala una oración entre paréntesis que parece no guardar relación alguna con las anteriores: “(Mi amigo, no; A. A. Crosse no tiene buena salud, una libra de salud, apenas alcanza para no resfriarse)”. Describen quienes han tenido accesos a los manuscritos que en este punto se modifica la grafía, tal como parece indicar la continuación de la esquila:

No te sorprendas si mi caligrafía resulta algo extraña. Se debe a dos motivos. El primero es que este papel (el único de que dispongo ahora) es muy liso y la pluma pasa por él muy deprisa: el segundo es que aquí en casa he descubierto un espléndido vino de Oporto y he abierto una botella y ya me he bebido la mitad. El tercer motivo es que hay sólo dos motivos, y por lo tanto no hay ningún tercer motivo. (Álvaro de Campos, ingeniero) (Pessoa, *Cartas a Ophélia*, 1920-1930, p. 47).

Luego de esa breve y desconcertante intrusión, la carta retoma el tono inicial: ¡pedidos de “besitos”, acusaciones de “Mala, mala, mala, mala y mala...!!!!” y la confesión de su deseo de azotarla. La segunda aparición de Campos la encontramos al inicio de la carta correspondiente al 27 de abril del mismo año. Es una carta de un tono muy diferente a la anterior; si la primera es jocosa, la segunda es un tanto amarga. Luego de una simpática apertura de Campos que saluda la gracia que le ha hecho Ophélia asomada a la ventana, que queda en la ruta obligada del poeta, Pessoa manifiesta sus dudas acerca del futuro. Se queja de que Ophélia se deja influenciar demasiado por la familia y de que su docilidad ya no sea la de antes.

Unos días después, hay una tercera intrusión en la correspondencia. En medio de una cartita pueril y traviesa, Campos cuela la siguiente frase: “¿Sigues burlándote de Nininho?”. (Pessoa, *Cartas a Ophélia*, 1920-1930).

Así se suceden algunas pequeñas interrupciones de Campos en el parlamento afectuoso que Pessoa le dirige a Ophélia. Siempre sorpresivas, siempre contrastantes con las palabras infantiles y cordiales de Fernando. El 28 de mayo, Fernando le envía una carta Ophélia en la que confirmamos nuestras sospechas acerca de la animadversión que le profesa Campos. En ella el poeta escribe: “¡Sécate las lágrimas, Bebé malo! ¡Hoy tienes de tu parte a mi viejo amigo Álvaro Campos, quien por lo general siempre ha estado sólo en contra tuya!”. (Pessoa, *Cartas a Ophélia*, 1920-1930, p. 66)

Luego de ese intercambio, Fernando incluye en algunas esquelas dichos que intentan matizar la afirmación del 28 de mayo diciendo que a ambos –Fernando y Álvaro– “les gusta mucho su pequeño Bebé”. O bien, parece adjudicar a Ophélia la responsabilidad de esta enemistad.

El 13 de junio, día del cumpleaños de Ophélia, Fernando alude por primera vez al casamiento. Luego de las habituales felicitaciones, escribe: “Lo gracioso sería que el año próximo, ya pudiera felicitarte por la mañana, antes de levantarnos. ¿Comprendes, Nininha?” (Pessoa, *Cartas a Ophélia*, 1920-1930, p. 75. El subrayado corresponde al original).

Luego de esta insinuación se desencadena la crisis que pondrá fin a la primera etapa del romance. Las cartas que se suceden hablan de desencuentros, ocupaciones que le impiden acudir a la cita; denotan la tristeza de la novia, las presiones familiares que sufre la dama y sus requerimientos, cada vez más acuciantes de contraer matrimonio. Las acusaciones a Ophélia son más fuertes, ya no es un “Bebé malo” sino una “Víbora que sufre de viboridad” y asoma en Fernando una veta trágica: “Además, nada importa”, que preanuncia el final.

Las últimas dos cartas de la primera etapa del romance, correspondientes al 15 de octubre y al 29 de noviembre, es decir, separadas por más de un mes, resultan reveladoras para comprender

la ruptura. La primera admite que ella tiene razones sobradas para sentirse enojada y ofendida pero adjudica la responsabilidad de la separación al Destino y confiesa su proyecto de refugiarse en una institución de salud mental.

...la culpa no ha sido mía, ha sido de ese Destino que acaba de condenarme el cerebro a un estado que, si no es irreversible, por lo menos exige un tratamiento adecuado, que no sé si podré conseguir.

Pretendo (sin aplicar el célebre decreto del 11 de mayo) irme a un sanatorio el mes próximo a ver si encuentro algún tratamiento que me permita resistir la ola negra que se abate sobre mi espíritu. (Pessoa, *Cartas a Ophélia*, 1920-1930, p. 88).

La carta culmina con una confesión desesperada: “Al fin y al cabo, ¿qué ha sucedido? ¡Me han cambiado por Álvaro de Campos!”. (Pessoa, *Cartas a Ophélia*, 1920-1930, p. 88).

Más de un mes más tarde, en un lenguaje frío y burocrático que no conserva nada del juguetón Ibis ni del desesperado Fernando, la misiva oficializa la ruptura. Declara que el amor ha pasado pero le manifiesta una amistad eterna. Escéptico, afirma que las “criaturas superiores” se encuentran privadas de la ilusión y el engaño y que, aunque duele, el sufrimiento pasa. Aludiendo a la carta de la despechada Ophélia, escribe:

Que esto de “otros afectos” y “otros caminos” va con usted, Ophelinha, y no conmigo. Mi destino pertenece a otra Ley, cuya existencia Ophelinha desconoce, y está cada vez más subordinado a la obediencia a los Maestros que no consienten ni perdonan. (Pessoa, *Cartas a Ophélia*, 1920-1930, p. 92).

Vemos con claridad que, así como Campos, “la Obra” y sus Maestros operan separándolo de la dama.

Segundo noviazgo

El segundo noviazgo tiene lugar una década más tarde. Accidentalmente, Pessoa se encuentra con el sobrino de Ophélia, Carlos Queiroz, joven poeta, quien servirá de mensajero entre los antiguos amantes y le hará llegar a su tía una foto en la que Fernando, en su reverso, garabatea la siguiente frase para su antigua amiga: “¿Hay lugar en tu recuerdo para una sombra adivinada?”.

Pero en este nuevo intercambio, travieso y cariñoso, Álvaro Campos se entrometerá aún más agresivamente que en el anterior. Su palabra descalifica a Fernando y en tono burlón no puede menos que descolocar a Ophélia. Ophélia percibe estas intromisiones de Álvaro de Campos, quien sin pedir permiso desaloja a Fernando. La primera ocasión de esa mudanza no se trata de una intervención de Campos en la misiva de Fernando sino de una carta completa redactada a su nombre. Escrita desde el bar de Abel, data del 25 de setiembre y es la quinta de esta efímera serie:

(...) aconsejo a V.E. tomar la imagen mental que quizás se haya formado del individuo cuya cita está estropeando este papel razonablemente en blanco, y echar esa imagen mental por el desagüe del fregadero, por ser imposible dar tal justo destino a esa entidad fingidamente humana, a quien, por cierto le competaría si hubiese justicia en el mundo. (Pessoa, *Cartas a Ophélia*, 1920-1930, p. 105).

En la carta del 26 de setiembre, firmada por Fernando, éste le anuncia a la novia que Álvaro de Campos lo acompañará a su cita del día siguiente. Observamos que la trama se complica, el novio argumenta que el ingeniero tiene algo que decirle, algo que él mismo desconoce y que el primero se niega a revelar:

El viejo amigo al que me acabo de referir, tiene además algo que decirle. Se niega a darme cualquier explicación de lo que se trata, pero espero y confío que, ante su presencia, tendrá ocasión de decirme, o decirle, o decirnos, de qué se trata. (Pessoa, *Cartas a Ophélia*, 1920-1930, p. 107).

Antes de que culmine setiembre el drama estalla entre los enamorados. Fernando fantasea con dejar la ciudad de Lisboa en busca de soledad. Manifiesta la necesidad apremiante de realizar su obra literaria y esa realización parece excluir a Ophélie y a cualquier otra mujer del horizonte.

Por lo demás, mi vida gira en torno a mi obra literaria, buena o mala que sea, o pueda ser. Todo el resto de mi vida tiene un interés secundario (...) De casarme, lo haría con usted. Queda por saber si el matrimonio, el hogar (o como quieran llamarle), son cosas compatibles con mi vida interior. Lo dudo. (Pessoa, *Cartas a Ophélie*, 1920-1930, p. 109).

A esta carta que preanuncia el final, le sigue la epístola más apasionada de todas las que le dirigirá Fernando. Se trata de una esquila donde las frases se suceden unas a otras metonímicamente. La misma que se inicia con un pasaje que hace referencia a las dos caras de su amada: bombón y avispa, avispa y miel. Prosigue con la confesión de su tristeza y su falta de merecimiento de cualquier amor por parte de ella o de quien fuese por estar triste y loco de nacimiento. “¿Cómo Ophelina quiere a un maleante y a un desastrado y a un zaparrastroso y a un individuo con narices de cobrador del gas y expresión general de no estar allí sino en el baño de la casa de al lado...?”.

Finalmente la carta da paso a fantasías que lo avergüenzan hasta hacerlo dudar, una vez más de su propia humanidad: “...me gustaría que Bebé fuera una muñeca mía, y yo hacía lo que un niño, la desnudaba, y el papel termina aquí mismo y esto parece imposible que lo haya escrito un ente humano, pero está escrito por mí”. (Pessoa, *Cartas a Ophélie*, 1920-1930, p. 112).

En el mismo día, Pessoa se disculpa por escrito; dirá: “Pido perdón por fastidiarle. Se ha roto la correa del automóvil viejo que llevo en la cabeza, y mi juicio, que ya no existía, ha hecho tr-tr-r-r...” y unos

párrafos después dirá hablando de él en tercera persona que Ibis acabará en Telhal o en Rilhafoles.¹³

A esta carta le suceden aquella en la que accede a enviarle una fotografía del pasado, “para cumplir al menos alguna promesa” y la última comunicación en la que, con la debida autorización de Álvaro de Campos, le trascribe una poesía compuesta entre las estaciones de Casa Branca y Barreiro A.

Finalmente, hemos observado en este análisis de ambos noviazgos que con creciente asiduidad, Campos interviene irónico en la correspondencia, insertando una frase ácida en las pueriles oraciones del enamorado. Su oposición a Ophélia se torna cada vez más evidente en su pluma cortante como tijera. Y en la segunda fase de su amorío, Campos se toma el atrevimiento de acudir a la cita de los novios, presentándose en el lugar de Fernando ante una cada vez más turbada Ophélia, hasta propiciar la ruptura definitiva.

Concluimos que la función de Álvaro Campos, heterónimo que acompaña al poeta hasta el final de sus días se destaca por sobre otras identidades. El valor de Campos es muy preciso. Se tratará del tercero, el malvado, quien es también quien más conoce a Fernando: su imposibilidad de reunir el matrimonio con la literatura, el amor con la obra. Pero, sobre todo, los riesgos, del poeta con un cuerpo que no sea de letra; su naturaleza siempre a punto de desmembrarse, que mantenía apenas su unidad a fuerza de una constante labor de escritura. Dirá genialmente: “Fernando Pessoa era un ovillo enredado hacia adentro” y percatándose del peligro de desenredarlo demasiado alejando a Ophélia lo protege de La mujer.

¹³ Hospitales psiquiátricos de Lisboa.

Referencias bibliográficas

Bréchon, R. (1996). *Extraño extranjero. Una biografía de Fernando Pessoa*. (B. Matamoro, Trad.) Madrid: Alianza editorial.

Freud, S. (1900). El método de la interpretación. En *Obras Completas*, Vol. IV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Meléndez, T. L. (1992). *Pessoa, la respuesta d ela palabra*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.

Pessoa, F. (1920-1930). *Cartas a Ophélie* (Segunda, 2016 ed.). (A. García, Trad.) Ciudad Autónoma de Buenos Aires: El zorro rojo.

Pessoa, F. (2013). *Un corazón de nadie. Antología poética 1913-1935*. (Á. C. Pámpano, Trad.) Barcelona: Galaxia Gutemberg. Círculo de lectores.

Soler, C. (2003). *La aventura literaria o la psicosis inspirada. Rousseau Joyce y Pessoa*. (L. Boland, Trad.) Medellín, Colombia: Editorial No-todo.

Soares. (1913-1935). *Libro del desasosiego*. Buenos Aires: Emecé.

Soares, B. (1913-1935). *EL libro del desasosiego*.

Tabucchi, A. (1990). *Un baúl lleno de gente*. Escritos sobre Fernando Pessoa. (P. L. Mellado, Trad.) Buenos Aires: Temas en el margen.

Bréchon, R. (1996). *Extraño extranjero. Una biografía de Fernando Pessoa*. (B. Matamoro, Trad.) Madrid: Alianza editorial.

Freud, S. (1900). El método de la interpretación. En *Obras Completas*, Vol. IV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Meléndez, T. L. (1992). *Pessoa, la respuesta d ela palabra*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.

Pessoa, F. (1920-1930). *Cartas a Ophélia* (Segunda, 2016 ed.). (A. García, Trad.) Ciudad Autónoma de Buenos Aires: El zorro rojo.

Pessoa, F. (2013). *Un corazón de nadie. Antología poética 1913-1935*. (Á. C. Pámpano, Trad.) Barcelona: Galaxia Gutemberg. Círculo de lectores.

Soler, C. (2003). *La aventura literaria o la psicosis inspirada. Rousseau Joyce y Pessoa*. (L. Boland, Trad.) Medellín, Colombia: Editorial No-todo.

Soares. (1913-1935). *Libro del desasosiego*. Buenos Aires: Emecé.

Soares, B. (1913-1935). *EL libro del desasosiego*.

Tabucchi, A. (1990). *Un baúl lleno de gente. Escritos sobre Fernando Pessoa*. (P. L. Mellado, Trad.) Buenos Aires: Temas en el margen.